

enviados por el Papa en calidad de teólogos de la santa Sede. Vemos á le Jay en todas las sesiones inmediatamente despues de los obispos, y con preferencia á todos los abades y á los generales de las órdenes religiosas.

6. En la congregacion del dia 5 de Enero, y en otras muchas ocasiones, hubo nuevas disputas acerca del titulo del concilio. Unos querian absolutamente que se añadiesen estas palabras: *representando á la Iglesia universal*, y otros pedian con igual empeño que se suprimiesen éstas: *presidiendo los legados apostólicos*, de las cuales decian que no se habia hecho uso en ningun concilio, escepto el de Constanza. Era cierto que á lo menos la primera de estas cláusulas tenia por origen al concilio de Constanza; pero la que hacia mencion de los legados se miraba como necesaria para espresar la union del concilio con su Cabeza, que era el Papa, contra las locas pretensiones de los luteranos, que pedian un concilio separado del Sumo Pontífice. Abandonaron la primera cláusula, como que nada añadia al titulo del *concilio ecuménico*, que espresa la representacion de toda la Iglesia. Porque autorizaba á los sectarios para pretender que el orden gerárquico no representa completamente á la Iglesia universal, la cual comprende tambien á los legos; y que en su consecuencia debian tener éstos, del mismo modo que los demás, el derecho de juzgar y de decidir en el concilio.

Así, á pesar de todas estas fermentaciones, procedidas de las antiguas ideas de Basilea, quedó el

titulo del concilio concebido en estos términos á pluralidad de votos: *el santo y sagrado concilio ecuménico y general de Trento, congregado legitimamente bajo la direccion del Espiritu Santo y la presidencia de los legados apostólicos*. Confirmaron tambien en esta congregacion el modo de votar, no por naciones, sino dando cada uno su voto en particular: y para obrar en todo con orden y sin ningun disturbio, se establecieron, á egemplo del último concilio de Letrán, tres diputaciones ó departamentos, á fin de tratar de las varias materias que ocurriesen. Examinábanse allí con distincion y claridad; nombrábanse personas hábiles para formar los decretos, y en este estado pasaban á una congregacion general, donde se contentaban los legados con proponer las cuestiones sin dar voto, para que tuviesen mas libertad los demás prelados. Votaban solo en las sesiones, aunque se discutian despues los asuntos, y se ratificaban los decretos. Como estos tres departamentos estaban separados en casa de los legados, érales mas fácil evitar las intrigas, y hacer que los prelados de genio turbulento ó capaces de alucinar con su elocuencia, no arrastraran á los demás á tomar resolucion alguna peligrosa.

7. Dispuesto todo en esta forma, celebráronse con mucha paz la sesion segunda y la siguiente, que se tuvo cerca de un mes despues, á 4 de Febrero, por no ofrecer grandes motivos de debates. Los decretos, llamados así impropriamente, de estas dos juntas solemnes, casi no comprendian mas que una

exhortacion dirigida á persuadir la necesidad de hacer una vida verdaderamente sacerdotal. A esto añadieron la lectura del símbolo que se dice en la misa en todas las iglesias católicas. Además de recomendar el mayor fervor en la oracion y el aumento de las limosnas, encargaban con especialidad á los sacerdotes, que dijese misa á lo menos los domingos, y ayunasen todos los viernes mientras durase el concilio (1). Advertíase á los padres que se abstuviesen de palabras ácras al dar su voto, del tono de altivez y de aspereza, de la obstinacion en las disputas, y de aquel vano deseo de sobresalir, que no puede menos de estraviar nuestros juicios. Para tranquilizarlos tambien en órden á la preferencia de los asientos, se disponia que si alguno de ellos no ocupaba el lugar que le correspondia, no serviria esto de egemplar en lo sucesivo, ni cederia en perjuicio suyo, ni en favor de su competidor. En cuanto á la lectura del símbolo, objetaron algunos obispos, que en una sesion en que no se hiciese mas que recitar la fórmula de fe admitida mas de mil y doscientos años habia, y adoptada por todos los partidos, era inútil, y aun podia dar motivo á que se burlasen de ellos; pero el mayor número juzgó, que, á egemplo de los antiguos concilios, era necesario empezar estableciendo los principios incontestables, de donde debian derivarse todas las decisiones: lo que agradó mucho á los legados, los cuales no querian dar principio á ningun punto contencioso antes de la reunion de los padres, que

(1) *Labb. Conc. t. 14. p. 741.*

iban acudiendo de dia en dia, y se ponian en movimiento en todas las naciones. Por la misma causa se difirió la sesion cuarta hasta el dia 8 de Abril: de suerte que las tres primeras, hablando con propiedad, no fueron mas que unos preliminares del concilio. Sin embargo, para no perder un tiempo que era precioso, se continuó el exámen y discusion de las materias que habian de decidirse en adelante, y se estableció el método constante de celebrar las congregaciones cada semana en los lunes y viernes, sin contar las extraordinarias, segun lo exigian las ocasiones.

8. Mientras que la Iglesia reunia de este modo todas sus fuerzas, antes de las hostilidades serias, por decirlo así, y durante los preludios del combate, su Cabeza invisible y omnipotente castigó por sí mismo al heresiarca soberbio que causaba todos aquellos movimientos en el mundo cristiano. Lutero, que en ningun tiempo se habia presentado mas fuerte ni mas triunfante, murió de repente en la misma ciudad de Isleba, su pátria, en la noche del 17 al 18 de Febrero de 1546. Refieren con mucha variedad las circunstancias de su muerte, segun los diferentes partidos que siguen los autores. Algunos pretenden, que viéndolo por la ventana el cielo despejado y sereno pocos momentos antes de espirar, dijo suspirando: „se acabó, cielo hermoso: ya no volveré á verte.” Lo que no tiene duda es, que habiéndole suplicado los condes de Mansfeld, hijos apóstatas de un padre que murió como buen cristiano, que fuese á terminar algunas cuestiones que se habian suscitado con motivo

de la division de bienes , fue allá como en triunfo, llevando en su mismo coche á la descarada religiosa que hacia con él vida maridal, y á los tres hijos, fruto desgraciado de aquel incesto sacrílego. Recibiéronle como á un profeta, ó por mejor decir, como á un Príncipe poderoso, con un fausto insolente y rodeado de una guardia numerosa y brillante, que habian enviado los condes para que le saliese al encuentro; entró en medio del estruendo de la artillería, de la mosquetería, y de todas las campanas de la ciudad; predicó al dia siguiente, y despues tres ó cuatro veces, exhalando siempre los furores de un energúmeno contra el concilio que trataba de condenar su reforma impía. Del púlpito pasaba á la mesa, donde le servian espléndidamente dos veces al dia, y en sus largas cenas se entregaba á las bufonadas, que contribuían en parte á templar los arrebatos de su bilis. No experimentó novedad con una vida tan conforme á su nuevo evangelio, hasta que el dia 17 de Febrero, despues de haber cenado grandemente, se quejó de un fuerte dolor de estómago. Administráronle de pronto algunos remedios; lleváronle á la cama; durmió un poco, pero habiéndose aumentado repentinamente el dolor despues de la media noche, llamaron á los médicos: éstos eran ya inútiles, porque cuando se disponian á proporcionarle algun alivio, le acometió un síncope que se tuvo por descanso, y era el sueño de la eternidad. De este modo murió á los sesenta y tres años el corruptor de la mitad de Europa, y el perturbador de toda ella.

9. Fue ayudado eficazmente por Calvino, quien ocupó entonces el primer lugar en la palestra, siendo tan emprendedor y obstinado como Lutero, no menos propenso á dejarse llevar del atractivo de la dominacion, que ha sido el origen de todas las heregias; no tan arrebatado, no tan arrogante; pero mas orgulloso, en extremo mas artificioso, el mas soberbio y sedicioso entre todos los reformadores, y lleno de una malignidad profunda y de un odio tranquilo, mil veces mas detestable que toda la furia y la insolencia de Lutero. Escedíale tanto mas en ostentacion, cuanto mas se preciaba de ser modesto; porque Lutero se abandonaba libremente á su jactancia. Los elógios que de sí propio hacia Calvino, desmentian su falsa moderacion; y su misma modestia sirvió algunas veces de materia á su arrogancia y orgullo. Lejos de jactarse Lutero de su elocuencia, que arrastraba á los pueblos en pos de sí, se consideraba como un fraile obscuro, educado en el polvo de la escuela, y poco acostumbrado al arte de discurrir. Calvino por el contrario, que aspiraba sobre todo á la reputacion de hombre elocuente, ponía á todos por testigos del vigor incomparable con que seguía y esforzaba un argumento, y de la feliz brevedad con que escribía. Es decir, que se gloriaba de raciocinar con mas energía, y de esplicarse con mas precision que otro alguno: lo cual comprende en dos palabras toda la perfeccion del arte de hablar ó de escribir.

Tenia Lutero sin embargo mas ingenio, mas felices pensamientos y mas imaginacion que Calvino,

y era tambien mas original, mas vehemente y mas orador por naturaleza. Mas Calvino, que parece habia sido muy estudioso, era mejor escritor, mas exacto, mas culto, á lo menos en el latin, y su estilo, aunque mas apagado, es mas igual y correcto. Sobresalian por lo demás uno y otro en la lengua de su pais. Lutero, en su vida privada, gustaba de chistes, de tratar con gente divertida, de tener buena mesa y de recrearse en cuanto le era posible. Calvino, menos voluptuoso por su propia constitucion, y mas delicado de salud, mas político ó mas artificioso, sacrificaba las delicias de la vida al desmedido deseo de adquirir gran reputacion. Tuvieron ambos pueblos enteros por discípulos y admiradores; y no pudiendo sufrir que se les contradijese, mostraron con las injurias la fecundidad de su elocuencia. El estilo de Calvino y de Lutero está manchado en todas las páginas con los nombres de loco, bribon, borracho, rabioso, asno y cerdo (1). Despues de esto se alaban de su serenidad los heresiarcas, y pretenden que la dureza de sus espresiones es efecto de la indignidad de la materia; pero que por su parte no hay ningun ódio ni resentimiento. Declamando ambos por último contra los santos padres y contra los doctores que florecian en su tiempo, trataban á estos órganos del cielo, y aun al cuerpo de estos depósitos sagrados de la tradicion, de escolares, de gente rústica, de esclavos de la costumbre, y de hombres que seguian sin ningun discernimiento unas prácticas infundadas

(1) 2. *Defens. in Westph. opus. p. 799.*

ó irracionales. Habia bosquejado Lutero la reforma, ó por mejor decir, habia levantado la tempestad, cuyo objeto era trastornarlo todo, y Calvino la prolongó, la hizo mas terrible y en extremo difícil de calmar. Mas si logró destruir, tambien es cierto que nada edificó; y solo sirvió el vicio de la obra para deshorrar al artífice.

Considerando á Lutero con todos los talentos funestos que no pretendemos disputarle, es necesario confesar que tuvo ingenio, mucha elocuencia ó vehemencia, una instruccion poco comun en su tiempo, y un imperio prodigioso sobre las personas con quienes trataba. Mas al mismo tiempo hubo tantos defectos en su genio, en su conducta y aun en sus mismos escritos, en los cuales, por no hablar de mil cosas extravagantes y vergonzosas, no se encuentra nunca ninguna materia acabada, que toda ó casi toda su celebridad se debe atribuir á su audacia, y á las ocasiones favorables que se le presentaron para sacarla á plaza. Si Lutero no hubiera privado de la calma al orbe entero cristiano, habria quedado para siempre sepultado entre la turba multa de los hombres perniciosos, á quienes por fortuna les falta la oportunidad de hacerse visibles.

10. Algunas semanas antes de morir se manifestó mas furioso que nunca contra los doctores de Lovaina, que habian publicado treinta y dos artículos doctrinales contra sus paradojas heréticas (1). Avergonzaronse hasta sus mismos discípulos al ver los

(1) *Cochl. Act. Script. Luther. ad ann. 1545. p. 311. Hosp. p. 199.*

estravíos casi increíbles en que habia incurrido. Las bufonadas mas extravagantes y los mas miserables equívocos, como *vacultas* en lugar de *facultas*, *Eccllesia católica*, en lugar de *catholica*, son los adornos de su obra, porque estos barbarismos tienen alguna alusion con las vacas y con los lobos. Para ridicularizar á los doctores, porque solia dárselos el nombre de *nuestros maestros*, los llama una y otra vez *nostrilli magistrolli*, *magistrolla bruta*; y añade, que substituyen á la palabra de Dios todo lo que vomitan y todo lo que..... mas nuestra lengua no consiente estas espresiones: *quidquid ructant, vomunt et cacant*. Vemos, pues, que este hombre sin vergüenza y sin juicio no se detenía en esponerse al desprecio público, con tal que ultrajase á sus antagonistas. Al propio tiempo, y á pesar de sus reconciliaciones paliadas con los zuinglianos, no los trataba mejor que á los doctores católicos. Entre todas las bienaventuranzas (decía) yo me atengo á la del Salmista. „¡Dichoso el hombre que no tuvo parte en el consejo impío de los sacramentarios, ni se sentó en la cátedra pestilente de Zurich!”

11. No obstante tantos furoros y vergonzosos desbarros del gefe de la reforma, no dejaba ésta de seguir progresando. Reuniéronse en Francfort los Príncipes protestantes casi al mismo tiempo que se abrió el concilio de Trento, tomaron providencias para impedir sus procedimientos, estrecharon los lazos de su confederacion y acordaron las contribuciones que habian de suministrarse, y los armamentos

que habian de hacer en caso necesario. Quiso entretanto el Emperador que se celebrase la conferencia ó dieta de Ratisbóna, decretada en el último congreso de los Príncipes del imperio, y envió á ella cuatro doctores católicos, siendo el principal el célebre Cochleo, tan ardiente en la defensa de la fe, que acudia á cualquier parte donde concebía alguna esperanza de hacer bien, muchas veces sin llevar ningun salvoconducto, y aspirando solo al martirio segun todas las apariencias (1). Presentáronse tambien algunos teólogos protestantes, de los mas famosos de su secta, como Bucero, Brencio, Erardo, Schnef y Jorge mayor. Presidian el obispo de Eichstet y el conde de Furstemberg, asistidos de ocho oidores, mitad católicos y mitad protestantes; de suerte, que habia una igualdad perfecta entre la fe constante de la Iglesia y la novedad proscripta y anatematizada; y el derecho de votar estaba igualmente dividido entre el órden eclesiástico y el secular. Mas no permitió el cielo que se añadiese este nuevo escándalo. Apenas se habia agitado la primera cuestion, cuando habiendo enviado el Emperador al obispo de Naimburgo, en calidad de tercer presidente, y llamado á sus teólogos el elector de Sajonia, se retiraron todos los sectarios, y finó la lucha por falta de campeones. Conoció Carlos que era necesario obrar con mas vigor, y parece que desde entonces tomó la firme resolución de no pensar en mas conferencias para aquel objeto.

(1) *Cochl. ad ann. 1545. — Sleid. Comm. l. 16. p. 555.*



12. Federico II, elector palatino, llamado el sábio (¿pero qué significa este título en el lenguaje del siglo?) Federico, llamado tambien el valeroso y el magnánimo, por haberse dedicado á la defensa del nombre cristiano, y haber librado á la ciudad de Viena, que estaba muy espuesta á caer bajo el yugo otomano, invadió en el año 1544 el electorado que era propio de sus sobrinos, y en menos de dos años estableció en él completamente su rebelde reforma (1). Secularizados los frailes, prostituidas las religiosas ó reducidas á la clase de vagamundas, y cohonestado el desenfreno de los clérigos con el nombre de matrimonio, substituyó el elector en las iglesias de Heidelberg, á 16 de Enero de 1546, las oraciones tudescas á la magestad de los divinos oficios, y la cena herética al sacrificio adorable de nuestros altares. Recibió enhorabuenas pomposas de los demás protestantes, á los cuales respondió ofreciéndoles hacer mucho, mas de lo que habia egecutado hasta entonces.

13. Aun eran mas considerables los progresos que por aquel tiempo hacia en Francia el calvinismo (2). Esta secta, la mas inquieta de los sacramentarios, y que llegó á reunir las todas muy en breve, estableció una especie de Iglesia aun dentro de la capital de aquel reino. Un hidalgo de la provincia de Maine, llamado la Ferriere, hombre sin ciencia, pero lleno de entusiasmo, se retiró á aquella gran ciudad, donde creía poder ocultarse mas fácilmente, temeroso de las rigurosas pesquisas que se hacian contra los hereges de

(1) *Ibid.* p. 552. (2) *Bez. Hist. Eccl. t. 2. p. 99.*

su provincia. Habiendo parido allí su muger, á la cual habia llevado en su compañía, no permitió jamás que la criatura recibiese el bautismo de mano de los católicos, y mucho menos con las ceremonias acostumbradas, á las que llamaba él impiedades abominables, sin alegar ninguna razon en apoyo de este extraño modo de esplicarse. Sin embargo, no queriendo que su hijo muriese sin bautismo, suplicó á uno de su secta que fuese á administrárselo. No se hallaban todavía los sectarios en estado de causar alborotos en París, ni aun de tratar de su propia defensa; y así, las dificultades que se propusieron eran proporcionadas al peligro que amenazaba. Pero hizo Ferriere nuevas instancias, y consiguió lo que solicitaba. Habiendo salido bien esta prueba, se instituyó un ministro á quien pudiesen recurrir los reformados, así para la administracion del bautismo, como para las demás funciones del ministerio; despues de lo cual se formaron los reglamentos, se estableció una especie de consistorio, y se atendió á la seguridad personal por medio del secreto, hasta que pudiese hacerse con la fuerza y con la rebelion. Este pastor memorable, por haber sido el primero que se instituyó en París, fue un seglar de veintidos años, llamado la Riviere.

Al mismo tiempo se esforzaba la heregía á establecerse en Italia, y ya estaban inficionados de ella algunos individuos del clero de Mántua, en tales términos, que se atrevian á impugnar las verdades católicas en las tertulias y en las escuelas. El cardenal

de Mántua cortó el mal en su origen, por medio de su vigilancia, autorizada con un breve del Papa, que sujetaba á su severidad aun á los mismos religiosos (1). Con otro breve exhortó el Pontífice al duque de Ferrara á reprimir á un seductor, llamado Valentin, que enredaba con mucho artificio en la ciudad de Módena. Mostrándose dócil el duque á la voz de la Cabeza de la Iglesia, como Príncipe discreto y católico, calmó to las las inquietudes, encerrando inmediatamente al perturbador en un calabozo.

14. Las frecuentes é instructivas conferencias que se celebraban en Trento, habian puesto á los padres en disposicion de decidir las mas importantes cuestiones. Se juzgó, que ante todas cosas debia tratarse de la canonicidad de los libros sagrados, que son los primeros fundamentos de la fe cristiana, y que si hubiésemos de dar crédito á las acusaciones calumniosas de los novadores, apenas los conocian por el nombre los prelados católicos. Se convino desde luego unánimemente en que era necesario aprobar todos los libros de la sagrada Escritura, que desde una antigüedad tan remota están admitidos en todas las iglesias; pero hubo variedad de opiniones, aun entre los cardenales, acerca del modo con que debia hacerse esta aprobacion. Los cardenales del Monté y de Villena ó Pacheco, eran de dictámen de que se los aprobase, precisamente porque estaban recibidos en la iglesia, y sin ningun otro exámen. „Los

(1) *Brev. Paul. III. ann. 11. p. 413.*

antiguos concilios (decian ellos) examinaron suficientemente esta materia, y les haríamos injuria, si la sujetásemos á nuevas discusiones. ¿Y qué otro efecto podrian producir sino el de dar á entender, que en Trento se habia dudado de las Escrituras en que se funda la Iglesia para impugnar á los hereges, sospechando que los concilios antiguos pecaron por imprudencia ó por error? El exámen tiene por objeto el conocimiento de la verdad, y cuando esta se conoce, es inútil recurrir á él.”

Los otros tres cardenales, Cervino, Polo y Madruccio, obispo de Trento, replicaron que no solo servia la discusion para descubrir la verdad, sino tambien para confirmarla y autorizarla mas y mas; que los padres no debian alimentarse á sí solos con la doctrina celestial, sino que estaban obligados á dar el mismo pasto á los fieles, y aun á los pastores; y además, á confundir la falsa y soberbia presuncion de los hereges. Y por último, que el respeto que se manifestaba á la venerable antigüedad, diciendo que se debia deferir á ella sin exámen, podria mirarse como un efugio de la pereza, ó como un velo de la ignorancia. Este último motivo fue eficazísimo en boca del docto cardenal Cervino, uno de los principales órganos empleados por el Espíritu Santo para añadir á todas las cualidades eminentes del concilio tridentino las de ilustrado y circunspecto. Era muy propio de la sabiduría suprema darle tambien este género de ascendiente sobre la secta que mas ha presumido de su instruccion y capacidad en la inteligencia